

### CAPITULO III

#### La psicología conforme á la ciencia de la naturaleza.

Errores en los ensayos de psicología matemática y conforme á la ciencia de la naturaleza.—Herbart y su escuela.—Necesidad de una crítica de la psicología.—Hipótesis acerca de la «esencia del alma».—Una psicología sin alma.—Crítica de la observación de sí mismo y de la observación mediante el «sentido interno».—El método de la ciencia de la naturaleza y la especulación.—La psicología de los animales.—La psicología de los pueblos; relaciones etnográficas de viajeros.—Influencia de Darwin.—El método somático.—Sobre el empleo de la experimentación.—La psicología empírica en Inglaterra.—Mill, Spencer, Bain.—La estadística moral.

¿Qué dirá la psicología si comenzamos por relegar al segundo término la faz interna, subjetiva, de la esencia humana? Nuestro siglo, ¿no nos ha dado no sólo una psicología conforme á la ciencia de la naturaleza, sino hasta una psicología matemática? Existe toda una serie de hombres distinguidos por su inteligencia y su mérito que creen muy seriamente que Herbart, con sus ecuaciones diferenciales, ha fijado tan sólidamente el mundo de las ideas como Copérnico y Keplero el mundo de los cuerpos celestes. Esta es, en verdad, una decepción tan profunda como la frenología; en cuanto á considerar la psicología como ciencia de la naturaleza, se ha abusado de tal modo de esta especiosa definición que se corre el riesgo de traspasar todo límite ocupándose en ella; podremos, no obstante, conceder todo su valor á los intentos de un método realmente conforme con la ciencia de la naturaleza en las cuestiones psicológicas, y en varias partes conforme hasta con las matemáticas, sin abandonar por eso el punto de vista indicado más arriba.

Mencionemos, ante todo, el hecho de que la idea de la psicología no puede ser completamente limitada y perfectamente clara más que para la escolástica y para el pedante ignaro; es verdad que hombres serios y perspicaces han comenzado sus pretendidas investigaciones, conformes á la ciencia de la naturaleza, por un capítulo titulado «La esencia del alma»; pero no eran más que un eco de la metafísica huera, de los escolásticos cuando se imaginaban poder obtener de ese modo una base sólida para sus investigaciones; se exceptúan, naturalmente, los casos en que la idea de alma no se discute más que histórica ó críticamente; pero todo el que principia con frases positivas acerca del alma y habla, por ejemplo, de su simplicidad, de su falta de extensión, etc., ó cualquiera que cree poder cuidadosamente circunscribir *a priori* el dominio de la psicología antes de comenzar á construir aquélla, puede estar seguro de que no tratará su asunto de un modo conforme á la ciencia de la naturaleza.

¿Qué se diría de un naturalista que comenzara por querer darse cuenta de la esencia de la naturaleza y que no creyera útiles sus investigaciones más que cuando tuviese una concepción clara de esa esencia de la naturaleza? La cosa se hace todavía más evidente en las cuestiones especiales. Si Gilbert no hubiera frotado sus pequeños trozos de ámbar antes de darse cuenta de la esencia de la electricidad, probablemente no habría jamás dado un paso importante en el conocimiento de la esencia de la electricidad. ¿Qué sabio se atreverá hoy á determinar con precisión lo que es el magnetismo? En las manos de los sabios la idea se transforma; la fuerza por la cual el imán atrae al hierro se hace una fuerza más general; la tierra está reconocida como un imán; se ha descubierto su analogía con la electricidad; el diamagnetismo es perseguido al través de una multitud de fenómenos sorprendentes; los brillantes descubrimientos de Oersted, de Faraday y Plücker, ¿se hubieran

verificado jamás si esos sabios hubiesen querido estudiar primero metafísicamente la esencia del magnetismo antes de comenzar sus investigaciones científicas?

Será un hecho notable de la fermentación filosófica de Alemania que un espíritu tan ingenioso como Herbart, un hombre dotado de tan admirable sagacidad crítica y tan versado en las matemáticas, haya podido concebir el pensamiento aventurado de encontrar, por medio de la especulación, el principio de una estática y de una mecánica de las representaciones; y lo que todavía es más sorprendente, que un espíritu tan esclarecido y dado á la vida práctica en un sentido eminentemente filosófico, haya podido perderse en la penosa é ingrata tarea de elaborar todo un sistema de estática y de mecánica del espíritu, según su principio, sin que la experiencia le haya suministrado la menor garantía de certidumbre.

Nosotros vemos aquí la extraña conexión que existe entre las facultades y los actos del hombre; que á Gall no le haya impedido inventar la frenología su gran experiencia y sus conocimientos vastísimos y especiales, se comprende fácilmente cuando se piensa en el carácter imaginativo, ardiente y creador de este hombre; pero que Herbart haya podido imaginar la psicología matemática, él, que poseía en un grado eminente las cualidades opuestas á semejante dirección del espíritu, esto será siempre un testimonio sorprendente de la intensidad del torbellino metafísico que envolvió por ese tiempo en nuestra patria hasta á los más recalcitrantes y les lanzó en la región peligrosa de los descubrimientos desprovistos de fundamento alguno.

Sea como quiera, los poderosos esfuerzos de Herbart merecen ser refutados de otro modo que con la simple indiferencia; en cuanto á las tentativas hechas hasta aquí por la crítica para eliminar victoriosamente la psicología matemática, tienen el defecto de perderse en toda clase de exposiciones y no señalar en modo alguno, ó no seña-

lar más que con una precisión insuficiente, la falta elemental de lógica cometida en la deducción de la fórmula fundamental. En una disertación especial (16) hemos tratado de llenar el vacío que aquí presenta nuestra literatura filosófica, porque el fallo que pronunciamos contra la psicología matemática no debe darse al público más que precedido de considerandos muy motivados; pero en este lugar el penoso trabajo de la demostración destruiría el encadenamiento de las ideas y faltaríamos á la concisión de nuestra crítica, que sólo se refiere al materialismo; si la psicología matemática tuviera algún valor nos sería preciso tenerla en cuenta, aunque sólo fuese porque nos daría la demostración más segura de la regularidad de todos los hechos psíquicos, regularidad que el materialismo tiene razón de afirmar, y al mismo tiempo tendríamos la refutación más completa de la reducción de todo cuanto existe á la materia.

Nos habría sido preciso al mismo tiempo modificar considerablemente la exposición que hicimos más arriba de las relaciones entre el cerebro y el alma, no pudiendo apenas la psicología matemática de Herbart separarse de su metafísica; pero actualmente la psicología matemática no existe para nosotros, suministrándonos únicamente un motivo para profundizar una vez más la tentativa de dar una base metafísica á la psicología, conforme al sistema de Kant; si más tarde todos los filósofos se pusieron de acuerdo para reconocer que no podemos saber nada de la causa última de las cosas, si decidieron colocar entre los instintos artísticos el instinto arquitectural de la especulación y si, yendo más allá que Kant en este punto, confesaron unánimemente que el deseo de unidad experimentado por la razón conduce siempre á la poesía y no viene más que indirectamente en socorro de la ciencia, entonces pudieron también poner en claro la metafísica de Herbart, sin temor de introducir la confusión en las ideas, y descubrir un punto que ofrece una analogía

notable con los principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza tal como la conciben los físicos matemáticos de nuestra época; lo que realmente existe, según Herbart, es una multiplicidad de seres simples que difieren sin embargo esencialmente de las mónadas de Leibniz; éstas producen el mundo entero en tanto que representación y, por el contrario, las «realidades» de Herbart están en sí completamente desnudas de representación; no obstante obran unas sobre otras y tratan de preservarse de esas influencias recíprocas.

El alma es uno de esos seres simples, una de esas «realidades» que entran en conflicto con otros seres simples; sus actos de conservación personal son representaciones; así como sin acción no hay reacción, del mismo modo sin perturbación no hay representación; muy nueva, seguramente, y no menos importante para la economía de la metafísica futura, es la teoría según la cual la esencia de la actividad psicológica consiste en la reacción contra una acción externa; hace falta compararla necesariamente con la opinión de los teóricos modernos de la doctrina molecular, según la cual la idea de fuerza no se aplica en modo alguno á un átomo discreto, sino más bien á las relaciones recíprocas de muchos átomos; Herbart no ha comprendido jamás, sin duda, que hubiera debido decir con más lógica que todas las representaciones no se encuentran en el «alma», ser simple, sino que son relaciones recíprocas entre las realidades discretas como las fuerzas físicas entre los átomos; haciendo de este modo lógico su pensamiento fundamental, Herbart hubiese evitado numerosas contradicciones que resultan de que el alma haya de ser simple é inmutable, sin estados internos y, no obstante, llevar en sí misma representaciones; obtiene por ahí una especie de inmortalidad del alma que equivale á una muerte eterna, si no encuentra otros seres simples en tan estrecha relación con ella como los elementos de que se componen los cuerpos; esto

se llama pagar demasiado cara una idea demasiado huera.

Como de la escuela de Herbart han salido en gran parte las tentativas para fundar una psicología conforme á la ciencia de la naturaleza, importa poner en relieve las contradicciones latentes, inseparables de la hipótesis de un alma absolutamente simple y teniendo no obstante representaciones. Lo que es absolutamente simple no es susceptible de modificación alguna interna, porque no podemos imaginarnos una modificación más que bajo la forma de un desplazamiento de las partes. Herbart no dice que las realidades obren unas sobre otras, sino que sufren acciones recíprocas, si no oponen resistencia por un acto de conservación personal; ¡como si esto no fuese sencillamente admitir acciones recíprocas!

Waitz da mucho valor en su psicología á la diferencia entre las disposiciones á un estado y los estados reales; así pasan las cosas en metafísica; el alma no debe tener estados, pues, si se los diésemos, su unidad absoluta desaparecería; pero disposiciones, ¡esto ya es diferente! Y «tendencias», ¡por qué no? El metafísico consume una enorme cantidad de inteligencia en refutar todas las demás opiniones y, cuando desarrolla su propia teoría, da una voltereta lógica de las más vulgares. Cualquiera comprende que la disposición á un estado es también un estado, y que no es posible imaginarse la conservación de sí mismo contra una acción amenazadora sin una acción real, por imperceptible que sea; esto es lo que no ve el metafísico; su dialéctica le ha lanzado al borde del abismo; retrocede y vuelve mil veces, rechaza todas las ideas y, en definitiva, hay que decidirse, porque es preciso absolutamente saber algo; de esta manera es como se cierran los ojos y se da atrevidamente el salto peligroso desde las alturas de la crítica más severa á la confusión más vulgar de la palabra y de la idea; si esto sale bien, se prosigue alegremente el camino; cuantas más contradiccio-

nes se admiten en los primeros fundamentos tanto más libremente se sacan después las conclusiones, así como se pueden deducir las cosas más curiosas de proposiciones matemáticas que contengan el factor cero como desconocido. El mismo Herbart dijo un día que en vez de escribir, como Carus, una historia de la psicología, valdría más hacer una crítica de ella; sospechamos que si ahora se escribiese no quedaría gran cosa de toda esta pretendida ciencia.

Sin embargo, la psicología conforme á la ciencia de la naturaleza existe en germen y la escuela de Herbart forma en Alemania una importante cadena de la época de transición, aunque aquí la ciencia principia á desprenderse con trabajo de la metafísica. Waitz, pensador ingenioso, pero que evidentemente comenzó á escribir demasiado pronto, defecto común á los *Privatdocenten* como á los profesores extraordinarios, Waitz, que se congeló, por decirlo así, en el curso de su desenvolvimiento, se alejó de Herbart hasta el punto de rechazar la psicología matemática y de transformar toda la base metafísica de la psicología de Herbart en una pretendida hipótesis sobre la esencia del alma; cierto que con todo esto no se ganó gran cosa; fuera ya un progreso considerable si hubiese hipótesis claras en vez de dogmas oscuros y absurdos; pero, ¿qué hacer con una hipótesis sobre la esencia del alma ó simplemente con una hipótesis sobre la existencia del alma, cuando todavía sabemos tan poca cosa de los fenómenos aislados, á los cuales debe atender primero toda investigación exacta? En el reducido número de los fenómenos accesibles hasta aquí á una observación exacta no existe el menor motivo para admitir en general un alma, cualquiera que sea el sentido más ó menos preciso que se dé á esta palabra, y la razón secreta de esta hipótesis no se encuentra más que en la tradición ó en el deseo silencioso que experimenta el corazón de resistir al pernicioso materialismo; así nace un doble inconveniente;

la psicología conforme á la ciencia de la naturaleza se malea y falsifica; pero la salud, la salvación y el mantenimiento del ideal, que se creen amenazados por el materialismo, están desatendidos y se cree haber realizado un prodigio llevando una nueva demostración en favor del antiguo mito del alma.

«Pero la palabra psicología, ¿no significa teoría del alma? ¿cómo, pues, imaginar una ciencia, de la que no se puede decir si tiene ó no un objeto?» Pues bien, he aquí de nuevo una muestra notable de la confusión del nombre con la cosa; tenemos un nombre tradicional para un grupo de fenómenos considerable, pero vagamente limitado; este nombre proviene de una época en que no se conocían aún las exigencias actuales de una ciencia rigurosa; ¿debe rechazarse porque el objeto de la ciencia ha cambiado? Esto sería un pedantismo poco práctico; admitamos, pues, atrevidamente una psicología sin alma; la palabra puede servir aún, mientras haya que hacer algo de que no se encargué por completo otra ciencia; es cierto que del lado de la fisiología son difíciles de trazar los límites; pero no hay un mal grave en esto; aun cuando los descubrimientos mismos se hagan por dos caminos diferentes, no tendrán más que un valor; sin embargo, no se tiene la intuición exacta de esas relaciones más que preguntando cómo procede la psicología, porque entonces la famosa teoría del estudio de sí mismo está sometida al juicio de la crítica.

En cuanto «al estudio de sí mismo—dice Kant—es una comparación metódica, de las observaciones hechas en nosotros mismos, que suministra al observador la materia de un diario autobiográfico y puede fácilmente venir á parar en alucinaciones y en la locura»; aconseja á cada uno «no ocuparse del todo del examen y, por decirlo así, de la redacción estudiada, de la historia íntima del curso involuntario de sus pensamientos y sentimientos, porque es el camino que conduce rectamente á la confusión del

espíritu y, por el influjo de pretendidas inspiraciones superiores y bajo el impulso de fuerzas extrañas á la voluntad venidas de no se sabe dónde, nos precipitamos en el iluminismo ó en continuos terrores». «Porque, sin advertirlo, hacemos así pretendidos descubrimientos de lo que nosotros mismos hemos introducido en nuestro espíritu, como una Bourignon, un Pascal ó aun un Alberto Haller, inteligencia por otra parte tan notable la de éste que, después de haber durante mucho tiempo redactado y á menudo interrumpido el diario de su estado psíquico, llegó hasta el punto de preguntar á un teólogo célebre, su antiguo cofrade de la Academia, al doctor Less, si en su rico tesoro de teología no podría hallar consuelo para su alma inquieta y ansiosa.»

Kant añade: «El conocimiento del hombre por medio de la experiencia interna tiene además una grande importancia, porque juzgándose á sí mismo juzga al propio tiempo á los demás hombres; sin embargo, el estudio de sí mismo es quizá más difícil que el de otro porque, en lugar de observar, introduce fácilmente en su conciencia algo de fuera; es conveniente y aun necesario comenzar por los fenómenos observados en sí mismo y después pasar á la afirmación de ciertas tesis que conciernen á la naturaleza humana, es decir, á la experiencia interna».

Kant fundó, pues, su propia psicología empírica, no en el estudio de sí mismo, sino esencialmente en el de los otros; había, no obstante, asignado en su *Critica de la razón pura* al «sentido interno» un dominio especial, y este campo de ejercicio de la fantasía metafísica debía necesariamente ocasionar el abuso (17); es verdad que se abandonaron las alucinaciones y la locura del siglo XVIII, cuyo carácter exaltado se prestaba mejor á esas divagaciones; pero todo cuanto pueden hacer el capricho, la fantasía y la especulación siempre inquieta, ha sido hecho concienzudamente por la introducción de in-

venciones en el pretendido campo de observación del sentido interno; un modelo en este género nos le ha dado Fortlage, profesor extraordinario de Jena, quien, en 1855, publicó dos grandes volúmenes titulados *Sistema de la psicología como ciencia empírica, según la observación del sentido interno*; primero define el sentido interno, al que atribuye una serie de funciones asignadas anteriormente al sentido externo; después limita su campo de observación y comienza á observar; se prometería inútilmente un premio al que descubriese una sola observación real en esos dos grandes volúmenes; toda la obra versa sobre tesis generales con una terminología inventada por el autor; nunca se encuentra mencionado un sólo fenómeno preciso del que Fortlage pueda decir dónde y cuándo le ha observado ó lo que es preciso hacer para poder estudiarlo en sí mismo; el autor describe muy bonitamente, por ejemplo, de qué manera se examina una hoja; cuando sorprende su forma, esta forma se hace un centro de atención «y resulta necesariamente que el concepto de forma, aplicándose por una especie de fusión á la forma de la hoja según la ley de la analogía, se hace evidente para la conciencia»; el autor nos dice que la hoja «se desvanece en el espacio de la imaginación en medio del concepto de la forma»; pero, ¿cuándo, cómo y dónde está una vez pasado todo esto, y en qué experiencia se funda propiamente dicho conocimiento «empírico»? Esto es lo que queda tan obscuro como la manera y el modo con que el observador emplea el «sentido interno» y como las pruebas que atestiguan que se sirve de semejante sentido sin dejar á sus caprichos é invenciones cristalizarse á la ventura en sistema.

En nuestra opinión, es imposible trazar una línea de demarcación entre la observación interna y la observación externa; cuando el astrónomo examina una estrella, se llama esta observación externa; pero desde que á la primera ojeada ha reconocido que tiene ante sus ojos

el planeta Marte, es preciso, según Fortlage, que haya empleado al mismo tiempo el sentido interno, porque los ojos no ven más que el punto brillante; el astrónomo ve inmediatamente, y sin más reflexión, que es Marte porque le conoce; ¿ha empleado para esto otro órgano intelectual que el hombre que ve sencillamente una estrella ó el niño que ve simplemente un punto brillante y que ignora todavía lo que son estrellas? Fortlage dice: «El que por el estudio de la música y la audición de los trozos de los grandes maestros se ha hecho capaz de apreciar la melodía y la armonía, arma su sentido externo con su sentido interno, y si más tarde, en una composición musical, sabe distinguir inmediatamente por el sentimiento los defectos de las bellezas, lo característico de lo insignificante, el movimiento directo del contramovimiento y los sostenidos de los bemoles, la facultad que tiene de discernir es producida y perfeccionada por el sentido interno, como de una lengua extranjera no se comprende los sonidos más que después de haberlos estudiado.»

En nuestra opinión, hay un interesante problema de futura psicología ó fisiología que resolver: ¿por qué el acuerdo tan penoso, establecido entre la sensación producida por el sonido y otras operaciones del cerebro, parece manifestar más tarde sus efectos de una manera instantánea? Mientras no se conozca un método para resolver este problema, ya analizando las propias impresiones ó bien por otros medios, no estará de más limitarse á responder que en ambos casos se oye probablemente con los oídos. ¿Qué se debe pensar de los casos en que el empleo inmediato de los ojos sanos, sin estudio particular alguno, opera ya una eliminación, un complemento ó una modificación de la imagen producida mecánicamente? ¿Se ve estereoscópicamente con el sentido interno ó con el externo? ¿se completan con el sentido interno los sitios del campo visual que corresponden á la inserción

del nervio óptico? ¿hay un acuerdo con el sentido externo? Pero aún podemos ir más lejos y preguntar: ¿hay observación externa cuando se toca la extremidad de los nervios de la piel con las dos puntas de un compás y se experimenta ya una sensación simple ó ya una sensación doble? ¿hay observación interna cuando se dirige la atención sobre un callo doloroso? Cuando se hace pasar una corriente galvánica al través de la cabeza y se perciben colores subjetivos ó se oyen sonidos subjetivos, ¿á qué dominio pertenecen estas impresiones?

*A priori* nada se consigue ni obtiene con las palabras «interno» y «externo», porque en general no puedo tener representaciones fuera de mí, aun cuando fuese verdadera la teoría según la cual transporto al exterior los objetos percibidos; ver y pensar son completamente internos y externos; si quiero repensar mis pensamientos, evoco en los órganos de la palabra las sensaciones que hemos aprendido á conocer más arriba, como siendo, por decirlo así, el cuerpo del pensamiento; las siento exteriormente como cualquiera otra impresión; en cuanto al espíritu, al contenido y á la importancia de este haz de sensaciones más finas y delicadas, todo esto es como el valor estético de un dibujo; este valor es inseparable de las líneas del dibujo, aunque sea otra cosa; ahora bien, una oposición semejante entre la forma y la materia de la sensación se reproduce siempre en grados innumerables sin que se pueda, á propósito de una clase determinada de sensaciones, afirmar completamente que aquí comienza lo interno y concluye lo externo.

¿Con qué ingenuidad Fortlage hace del hombre el campo de observación fisiológica en tanto que se le estudia con el sentido externo y el de la psicología en tanto que se le estudia con el sentido interno! La mayor parte de los filósofos colocarían en la psicología las primeras palabras de un niño y deducirían la marcha del desarrollo de su espíritu; en cambio dirán lo que es la fisiología cuando

se pica con una aguja ó se hacen cosquillas á los niños recién nacidos para espiar los movimientos reflejos en su tránsito al querer; y, no obstante, para ambas observaciones se emplean los sentidos ordinarios, y, según la definición de Fortlage, más el sentido interno porque en el segundo caso lo que se ve y se oye tiene primero necesidad de una explicación.

En general, no es difícil comprender que la naturaleza de todas las observaciones es la misma y que solamente se trata de saber si la observación puede ser repetida por otros simultáneamente ó después, ó si escapa á toda información y á toda prueba hechas por otro; la observación externa no llegaría jamás á una ciencia empírica segura y exacta si cada observación no pudiera ser renovada y comprobada; la eliminación de las influencias de opiniones y tendencias preconcebidas es el elemento más importante del método exacto, y precisamente este elemento es el que no se puede emplear en las observaciones dirigidas sobre pensamientos, sensaciones é inclinaciones personales, á menos de que no se hayan fijado imparcialmente sus propios pensamientos por la escritura ó por otros medios y se trate después esta serie de representaciones como se trataría la obra de un extraño. Pero, á decir verdad, esta observación de sí mismo goza poco ó ningún predicamento, precisamente á causa de su certidumbre relativa, y, la tan alabada observación de sí mismo, nos parece tener tanto atractivo precisamente á causa de sus defectos; porque aun cuando las aprensiones de Kant no se realizaran y las alucinaciones y la locura no fuesen sus consecuencias, quedaría siempre el medio de dar á las concepciones más fantásticas de la metafísica la apariencia de deducciones empíricas (18).

Con razón, pues, los psicólogos modernos han aplicado á la psicología también el modo de observación ordinaria, rigurosamente metódico, que ha prestado tan grandes servicios á las ciencias de la naturaleza; Lotze

ha sido muy útil publicando su *Psicología médica* (1852), pero, á pesar del título de su obra, hizo preceder sus investigaciones empírico-críticas de 170 páginas de metafísica, las cuales han impedido á los médicos sacar de este libro el provecho que hubieran podido encontrar; más tarde Fichte, hijo, se presentó á los naturalistas y á los médicos con su *Antropología* (1856) en cierto modo como médico-filósofo del hogar y consejero de las conciencias; aunque su obra haya desacreditado la filosofía á los ojos de los naturalistas, á causa de su debilidad lógica y de la repetición pretenciosa de añejos errores, no ha contribuido menos poderosamente en otras clases de la sociedad á hacer más palpable, para el sentimiento público, la estrecha conexión que existe entre la psicología y la fisiología; hasta consiguió en estos tiempos el milagro de que los discípulos de la filosofía de Hegel se volvieran en parte hacia una teoría psicológica sobria y casi conforme á la ciencia de la naturaleza.

George escribió un excelente opúsculo acerca de los cinco sentidos, y Schaller se vió obligado en su lucha contra el materialismo á profundizar las cuestiones relativas á la psicología; más tarde estos dos filósofos publicaron una psicología donde se encuentra la señal irrecusable del espíritu de su época; merecen todos los elogios posibles, porque tienen la convicción de que en el punto principal se encuentran todavía en el terreno de la especulación, siendo así que no se mantienen en él más que los creadores de la pretendida psicología de la ciencia de la naturaleza; en cambio es menester resistir siempre que surge la pretensión de que la ciencia especulativa es más elevada y más digna de fe que la ciencia empírica, respecto á la cual es lo que un grado superior á otro inferior; que nuestros lectores no se enojen por estas cosas; una de las principales verdades del nuevo período que comienza para la humanidad exige, no como quería Comte que se suprima la especulación, sino más bien que se la asig-

ne su lugar definitivo á fin de que se sepa lo que puede y lo que no puede hacer en interés de la ciencia.

He aquí lo que Schaller dice á propósito de esto: «La ciencia de la naturaleza puede gloriarse de poseer un saber exacto cuando se satisface, observando los fenómenos, con encontrar las leyes y formular las relaciones cuantitativas contenidas inmediatamente en las leyes así encontradas; naturalmente, cada cual es libre de contentarse con ese saber exacto, pero haciendo esto se abstiene necesariamente de responder á todas las cuestiones en que la filosofía se ha ocupado en todo tiempo. Pues bien, lo que no se conoce bastante es de cuántas maneras contradictorias la filosofía ha respondido á las cuestiones en que se ha ocupado siempre; en cuanto al acuerdo que existe en las ciencias de la naturaleza, no proviene de que esas ciencias se limiten á un terreno en el que todo se comprende por sí mismo, sino del empleo de un método en el cual doctrinas tan ingeniosamente desenvueltas como conformes á la naturaleza sólo se revelan á la humanidad después de largos esfuerzos y de las cuales no se conocen los límites de su aplicación.

Por eso el punto principal de las numerosas precauciones tomadas por este método consiste en la neutralidad de la influencia de la subjetividad en el sabio; á la naturaleza subjetiva del individuo es á lo que la especulación debe la forma que se le da á cada instante; aquí todavía debemos admitir que en la organización análoga de todos los hombres y en el desenvolvimiento común de la humanidad se encuentra una causa objetiva de los fenómenos aislados, sobre poco más ó menos como en la arquitectura y en la música de pueblos diferentes y separados unos de otros se manifiestan rasgos semejantes entre sí; todo el que afianzado en este deseo secreto de construcción inherente á la humanidad, quiera darse el gusto de elevar un templo á las ideas sin contradecir demasiado al estado actual de las ciencias positivas, le verá quebrantado á cada

progreso obtenido metódicamente, ó será demolido de arriba abajo para ser reconstruido en un estilo completamente diverso, pudiendo alabarse de haber creado una obra de arte elegante y perfecta en sí, pero al propio tiempo tendrá que renunciar á que dé un solo paso en el progreso la ciencia verdadera y durable en cualquier terreno que sea; elija cada cual según sus conveniencias; por regla general, cada uno considerará como el estudio más elevado aquel que sea el objeto de su predilección.

Hasta qué punto el método de la ciencia de la naturaleza es aplicable á la psicología es lo que han de dar á conocer los resultados; observemos, ante todo, que no son quizá únicamente los terrenos limitrofes de la fisiología de los nervios los que admiten un procedimiento exacto; por indeterminados que se dejen los límites de la psicología, será preciso comprender en todo caso, provisionalmente, no sólo los hechos de la vida sensible, sino también estudio de las acciones y de la palabra humana, así como en general de todas las manifestaciones de la vida, en tanto que se puede deducir de ellos una conclusión acerca de la naturaleza y carácter del hombre; la prueba más convincente que puede darse es la existencia de una psicología de los animales, de la cual apenas se pueden reunir materiales por medio del «sentido interno»; aquí donde la observación externa no nos muestra en primer término más que movimientos, gestos y actos cuya explicación está sujeta al error, se puede seguir, no obstante, un procedimiento comparativamente muy exacto, en atención á que es fácil someter al animal á experimentos y colocarle en posiciones que permiten observar con mayor precisión cada movimiento nuevo y repetir ó suspender voluntariamente toda excitación de una actividad psíquica.

De este modo se da la condición fundamental de todo lo que es exacto, en virtud de lo cual, si el error no puede evitarse de una manera absoluta, por lo menos se hace inofensivo gracias al método; un procedimiento descrito

con exactitud puede repetirse siempre con un animal exactamente descrito, y de esta suerte la explicación, si se refiere por casualidad á circunstancias accesorias y variables, se corrige sin pérdida de tiempo y por completo libre del influjo de las preocupaciones y prejuicios personales que tan gran papel desempeñan en lo que se llama la observación de sí mismo. Si aún no tenemos un sistema de psicología de los animales, poseemos por lo menos rudimentos de observaciones cuya exactitud y abundancia van más allá del punto de vista de Reimarus y de Scheitlin; la multiplicación creciente de los jardines zoológicos favorece estos estudios, y por diferencias que haya entre los animales viviendo libremente en la selva ó en el campo y los animales cautivos, sin embargo, una observación exacta hecha en estos últimos no es menos importante cuando se trata de plantear tesis generales.

Para las cuestiones del materialismo ó del idealismo es posible que al fin se encuentren los materiales más interesantes allí donde hasta hoy se han buscado menos, en la observación de los animales inferiores estudiados bajo la relación de sus percepciones de los sentidos; ya Moleschott ha dejado entrever que un rotífero con un ojo que no tiene más que una córnea debe percibir de los objetos otras imágenes que una araña que posee una lente y un cuerpo vítreo; aunque criticando el encadenamiento de las ideas en este párrafo no hayamos encontrado una representación clara de la relación del objeto con el sujeto, no es menos cierto que esta observación tiene importancia; hasta es probable que aquí se revelaran cosas muy curiosas, en una escala mucho más vasta, si observaciones exactas consiguieran hacer el análisis de la actividad sensible de criaturas cuya organización difiere tanto de la nuestra; se debiera examinar aquí el efecto de las diferentes vibraciones que nos enseña la física, de una manera del todo independiente de la cuestión de saber si producen ó no en nuestros órganos percepciones sensoriales

determinadas; si se encontrasen, por ejemplo, criaturas que oliesen ó gustasen la luz (es decir, que la percibiesen por órganos semejantes á nuestros órganos del gusto y del olfato), ó que recibiesen imágenes visuales de una manera desconocida para nosotros, la teoría de la formación del mundo de los sentidos por el sujeto recibiría así una nueva confirmación; si, por el contrario, se demostrase que en toda la diversidad del mundo animal no existen probablemente sensaciones esencialmente diferentes de las nuestras, este descubrimiento se volvería provisionalmente en ventaja del materialismo (19).

Un precioso contingente para los fundamentos de una psicología futura se encuentra además indudablemente en los experimentos sistemáticos hechos últimamente en los recién nacidos; si se quiere comprender el mecanismo de los fenómenos psíquicos, es preciso, ante todo, tratar de observar los primeros y más sencillos elementos de este mecanismo; nuestros excelentes filósofos razonan acerca del origen de la conciencia con una flema verdaderamente increíble, sin experimentar nunca la necesidad de ir alguna vez á la habitación de un niño y estudiar sobre el terreno lo que pueda ocurrir relativo á este problema; pero en tanto que las palabras se presten pacientemente á la expresión de un sistema, en tanto que los estudiantes transcriban pacientemente este sistema bajo el dictado del maestro y en tanto que los editores le hagan pacientemente imprimir y el público pague á buen precio el contenido de estas obras, el filósofo no verá que haya necesidad ni motivo alguno para ir más lejos.

Viene después el fisiólogo que hace probar al recién nacido una solución de azúcar ó de quinina, le aproxima una luz ó produce un ruido cerca de sus oídos, anota con cuidado todos los movimientos, todas las contracciones de los músculos, etc., que ha observado; combina las observaciones que tiene hechas en niños nacidos antes de tiempo y en otros que nacieron á su tiempo nor-

mal, nota cuidadosamente las diferencias y lo compara todo con los resultados obtenidos por la anatomía y la patología; por último, se esfuerza en coordinar sus observaciones de tal modo que se remonta desde el simple movimiento reflejo hasta ciertos signos de la conciencia, y, finalmente, conoce una gran cantidad de cosas que ignora el filósofo confinado en su gabinete de estudio y que, sin embargo, son completamente indispensables para la solución de tan importantes cuestiones; aun cuando de estas investigaciones empíricas no resultase más que el hecho de que una transición imperceptible conduce del simple movimiento reflejo á la actividad consciente dirigiéndose á un fin, actividad cuyos comienzos se elevan hasta la vida anterior al nacimiento, esto sería ya, á la luz de la verdadera ciencia, mucho más de lo que se puede aprender en los volúmenes enteros de las «investigaciones» especulativas.

Otro objeto de los estudios modernos que se relaciona con esta cuestión es la «psicología etnográfica», que aún no ha adquirido forma y método bastante claros y determinados para que nos detengamos en largas consideraciones, tanto más cuanto que las tesis del materialismo tienen una relación menos estrecha con esta esfera del conocimiento; es de notar, sin embargo, que la lingüística, considerada con razón como una de las fuentes principales de la psicología etnográfica, ha contribuido mucho á hacer entrar el lenguaje en el dominio de las observaciones conformes á la ciencia de la naturaleza y á salvar así el abismo que en otro tiempo separaba á las ciencias del espíritu de las ciencias de la naturaleza desde un nuevo punto de vista de la mayor importancia; en este concepto, también la primera mitad del siglo XIX forma época; la célebre obra de Guillermo de Humboldt acerca de la lengua kawi y las gramáticas sánscrita y comparada de Bopp aparecieron en el período tan rico y fecundo de 1820 á 1835; desde entonces, la lingüística ha realizado

admirables progresos en todas direcciones, y Steinthal, principalmente, se ha esforzado en una serie de escritos importantes en proyectar una viva luz en la esencia psicológica del lenguaje y poner término á la continua confusión del pensamiento lógico con la formación de las representaciones que se desarrollan bajo la influencia del lenguaje.

De una asombrosa esterilidad para las cuestiones psicológicas han sido durante largo tiempo los viajes científicos, así como la exposición de sus resultados desde el punto de vista de la antropología y de la etnografía; basta hojear la obra en otro tiempo tan célebre, *Historia natural del hombre*, de Prichard, para convencerse de la multitud de errores que dimanaban de las preocupaciones religiosas de los viajeros, de su orgullo de raza, de su ineptitud para identificarse con la vida social de un país extranjero y la manera de pensar de pueblos de una cultura inferior; en estos últimos tiempos dichas narraciones han mejorado; los relatos de viajeros, principalmente de Bastián, son ricos en detalles psicológicos, y sus obras abreviadas (20) tienen un interés preponderante para la psicología comparada, aunque las ideas de conjunto desaparecen bajo el amontonamiento de los materiales. En la *Antropología de los pueblos salvajes* de Waitz se puede casi seguir, de uno á otro volumen, los progresos del sentido psicológico, y, en este concepto, se encuentran cosas excelentes en el último volumen de la obra de Waitz, redactado por Gerland; si á esto se añade la asimilación luminosa hecha por Lubbock de los resultados de la paleontología con cuanto sabemos acerca del estado de los salvajes de hoy, así como los *Comienzos de la civilización* y la *Historia primitiva de la humanidad* de Tylor, se dispone ya de tal número de hechos y de comparaciones que una «psicología etnográfica» sistemática ó una «antropología pragmática», sobre bases completamente nuevas, no parece ya algo imposible.

Pero si se pregunta cuáles son desde este momento los resultados más visibles, no se puede negar que según las últimas observaciones, que son las mejores, el hombre con toda su cultura no aparece como un sér de la naturaleza y que sus hechos y gestos están determinados por su organización; allí donde antes, á consecuencia de un examen superficial, no se veían más que «salvajes» ó inofensivos hijos de la naturaleza, se encuentran hoy las pruebas de una historia, de una civilización vieja y refinada, y, á menudo, hasta los indicios inequívocos de decadencia y retrogradación; vemos cómo la sociedad, aun en pueblos donde bajo muchos conceptos se hallan todavía en estado de minoridad infantil, trae consigo en todas partes y pronto usos particulares y con frecuencia extraños que, á pesar de su extrema diversidad, se deducen no obstante de principios psicológicos poco numerosos y que se repiten siempre; el despotismo, la aristocracia, la división de castas, la superstición, las imposturas de los sacerdotes y las ceremonias fascinadoras nacen dondequiera é inmediatamente de la raíz común de la esencia de la humanidad; y, en los principios de estos abusos monstruosos extendidos sin fin, aparece con frecuencia la más sorprendente analogía entre razas que tienen apenas vestidos y chozas con otras que poseen palacios, soberbias ciudades y numerosos utensilios y objetos de arte.

El estado natural, del que Rousseau y Schiller deploran la desaparición, no se encuentra en parte alguna; es natural todo lo contrario, pero de una naturaleza que responde tan poco á nuestras aspiraciones ideales como la forma simia de nuestros hipotéticos antepasados responde á las concepciones ideales de un Fidas ó de un Rafael; se dirá que el hombre, en tanto que deja detrás de sí los límites del mundo animal y como individuo se eleva y ennoblece por la sociedad, debe atravesar una vez más, en la formación del conjunto de la psicología etnográfica, la condición tan horrible y repugnante del mono hasta que

al cabo, los gérmenes de cualidades más nobles que descansan tan profunda como seguramente en él... ¡pero todavía no hemos llegado ahí! Hasta la cultura helénica está fundada sobre el terreno podrido de la esclavitud y la noble humanidad del siglo XVIII no existía más que en círculos muy limitados que evitaba cuidadosamente el contacto de las masas.

Darwin ha proporcionado también un material grandioso para la comprensión psicológica de la especie humana y abierto nuevos caminos que permitirán hacer ricas adquisiciones en esferas múltiples de la psicología; en esta categoría se encuentra principalmente su disertación sobre *La expresión de las emociones*, obra muy criticada á causa de su dureza y exclusivismo. Ya Descartes, tratando el mismo asunto en un escrito al que se ha dado muy poco valor, comenzó á definir y explicar las emociones por sus síntomas materiales, aunque, según su teoría, la emoción no puede producirse como tal más que cuando el alma «piensa» lo que percibe en el cerebro como hecho material. En nuestros días, Domrich principalmente ha tenido el mérito de dilucidar y profundizar la cuestión de los fenómenos materiales que acompañan á los estados psíquicos, pero su trabajo ha sido poco utilizado por los psicólogos; de otro modo ocurriría si se comenzara por comprender generalmente hasta qué punto la conciencia de nuestras propias emociones está determinada y provocada sólo por el sentimiento de sus reacciones corporales; pero en realidad es esto como la conciencia de nuestros movimientos corporales: existe un conocimiento inmediato de la impulsión dada, es cierto; no obstante, no llegamos á comprender claramente el fenómeno más que merced al reflujó de las sensaciones que han sido provocadas por el movimiento.

Sin embargo, el síntoma material adquiere gran importancia para el proceso psíquico en los movimientos de expresión; por poco que se note cómo el lenguaje se